

Sociopolítica del arte

RAFAEL GOMEZ LOPEZ

En momento en que el Estado venezolano, a través del actual gobierno, intenta redefinir la política cultural creando el CONAC, adquiriendo una nueva estación de T.V., abriendo escuelas de arte a nivel universitario, construyendo nuevas salas de concierto y centros culturales, etc., aparece la obra de Joaquín Marta Sosa "Sociopolítica del Arte", que viene a convertirse en un llamado a la reflexión acerca de las posibilidades que tiene el arte como medio de transmisión de valores y como vía de canalizar la creatividad no sólo de las élites, sino también de las masas.

La obra de Joaquín Marta Sosa tiene el mérito de insistir en los aspectos cualitativos del desarrollo. Por encima del interés de alcanzar altas tasas de crecimiento del producto per capita, están nuestros gobernantes en la obligación de reflexionar sobre las implicaciones que, para la cultura y la calidad de la vida, tienen las decisiones adoptadas en materia de inversión y gasto público. Dentro de la política vigente, delineada en el V Plan de la Nación, y caracterizada en el estado de abandono en que se encuentran las instituciones de formación artística en el país, el arte y la cultura en general, no parecen haber retenido la atención de nuestros gobernantes, planificadores. De allí el interés y la gran actualidad de la reflexión de Marta Sosa que es, por otra parte, uno de los primeros esfuerzos hechos en el país por analizar el arte como producción social y no exclusivamente como resultado de un esfuerzo individual. Por otra parte, la obra de J.M.S., aunque de proporciones modestas, coincide con una cierta tendencia (observable a nivel internacional) a rescatar el arte del análisis funcional individualizante, para convertirlo en objeto de estudio de las ciencias sociales. Tal es el caso por ejemplo, de las recientes versiones al castellano de la monumental sociología del arte de Arnold Hauser y de la Historia del Arte de Nilos Hadsinicolaou.

Dentro de la tradición de un cierto marxismo la Universidad Simón Bolívar acaba de publicar un ensayo de interpretación socio-política del arte.

Decimos dentro de una cierta tradición por cuanto la concepción de la obra reposa sobre un postulado teórico-meto-

dológico y político particular y según el cual, el marxismo no sólo es totalizante sino que constituye (la obra de Marx) una totalidad en sí misma; no siendo entonces posible separar lo que es análisis científico de la praxis política y de la profecía social (utopía). Esta visión impregna la obra de Marta Sosa, convirtiéndola en una línea para la acción política más que en una socio-política del arte, como lo dejaba presagiar el título. Pero no es ésta la única inadecuación del título enunciado con respecto al contenido, puesto que no se trata de una reflexión sobre el arte en general, sino que se refiere casi exclusivamente a la literatura.

Esta orientación "literaria" del texto se observa a todo lo largo de la obra, pero se hace evidente en las últimas páginas, cuando el autor renuncia a concluir sobre el arte en general, para limitarse al terreno de la producción literaria.

En un segundo sentido afirmamos igualmente el carácter ortodoxo de la obra puesto que, si bien se señala el evidente nexo existente entre las condiciones materiales y las expresiones ideológicas de una formación económico-social realizable a través de las "mediaciones", no se consideran los aspectos cognoscitivos e individuales que intervienen. De este modo la especificidad de lo artístico es determinada por el autor. La tercera barrera metodológica que no logra sobrepasar se refiere a la manera cómo la producción artística es abordada en el seno de sociedades subdesarrolladas. En efecto, la dependencia cultural (vista con referencia al "gran arte norteamericano" y al "tradicional arte europeo") es explicada por la in-

serción de nuestras sociedades dentro de una dinámica externa que inhibe el desarrollo artístico al no permitir que éste se realice. Pero ¿no se trata acaso de sociedades en movimiento, portadoras de su propia dinámica?

El autor ignora esta realidad del mundo "inter-societal" que hace que la comprensión de todo hecho macro-social implique su ubicación con respecto al doble juego dinámico (interno-externo) dentro del cual se inserta. Las sociedades latinoamericanas tienen características específicas que están en la base de su modo único de vincularse con el resto de la economía mundial. De tal modo que el arte constituye una expresión de ese vínculo específico y diferente, siendo al mismo tiempo una vía de transmisión de valores que pueden tender a crear las bases que faciliten la superación del vínculo de dependencia (pp. 107-108).

Después de proceder en el primer capítulo a una especie de elaboración de marco teórico, que a veces toma la forma de una sucesión de citas en espera de una mayor elaboración, en el segundo capítulo el autor insiste sobre el carácter mercantil que adquiere la obra de arte y el trabajo mismo del artista. El error está en hacer coincidir este hecho con el capitalismo. El arte era objeto de una producción para el cambio antes del capitalismo. La diferencia entre este sistema y los anteriores, en lo que concierne al arte, es que la producción artística pasa a estar dominada por lo económico, surgiendo entonces una nueva dialéctica entre la instancia económica y la región artística. Este hecho lleva al autor a ignorar el carácter revolucionario que en sus orígenes tuvo el capitalismo sobre la producción artística. El capitalismo hizo del artista una profesión liberal que ofrece, en ciertas condiciones, posibilidades de acumulación y de movilidad social. Es precisamente este hecho el que marca más claramente la dominación de lo económico dentro de lo artístico y que se convertirá con el desarrollo posterior del capitalismo, en un nuevo "extrañamiento" de la producción de objetos de



Joaquín Marta Sosa

arte. Esto lo ve claramente J.M.S. cuando escribe que en la fase actual del capitalismo la "división social del trabajo tiende a colocar el arte en manos de fracciones de clase, sectores sociales con una capacidad crítica" (p. 94.)

El florecimiento artístico se ve acompañado de una "rentabilización" del arte. Es el propio desarrollo del capitalismo el que hace rentable el ejercicio del arte, convirtiéndolo en una organización económica a cuya cabeza se encuentran los grandes "marchands d'art" (Christie's, Sotheby's, etc) en cuya base está el artista. El capitalismo, a diferencia de los modos de producción que le antecedieron como dominantes en la historia, desindividualiza al arte, caracterizándolo a través de diferentes mecanismos: escuelas de arte, mercaderes de arte, consumo de arte.

La relación directa entre productor y consumidor de arte (o creador y re-creador como diría J.M.S.) se pierde. El artista se ve forzado a producir para un colectivo-abstracto, cuyos "gustos" son la resultante de los mecanismos de mercantilización del arte. Esta nueva dinámica es posible porque se crea "una conciencia de clase dominante que, sobre todo, penetra otras clases y le permite cierta seguridad posible en su hegemonía" (p. 96). Esta "conciencia de clase" no es la conciencia de la clase dominante, del mismo modo que la ideología dominante es aquella que sostiene el sistema, independientemente de si ella representa o no los intereses de la fracción hegemónica. He aquí uno de los elementos más importantes a subrayar dentro de la discusión acerca de los mecanismos de la dominación ideológica y su concreción a través del arte, y sobre el cual el autor apenas si se limita a esbozar algunos planteamientos. Sin embargo, lo que más asombra del autor es una manera "sociológica" muy particular de abordar el problema. Considera, por ejemplo, que "la literatura es la más social de las artes" (p. 134).

Si todas las artes son sociales por definición, no se entiende entonces lo que el autor quiere decir, al menos que el cri-

terio adoptado sea el de que ella es la más representativa de la actividad que se desarrolla en una sociedad dada, como parece sugerirse. Sin embargo, no existen razones históricas concretas que permitan sostener tal hipótesis (ni tampoco se preocupa el autor en señalarlas).

Finalmente coincidimos con el autor en que la nueva fase del arte parece ser la del "arte del estar" ya que existen sociedades en las cuales lo artístico ha comenzado a dejar de ser elitescos para convertirse en un modo humano (no clasista) de expresión. Esta nueva sociedad y su nuevo arte son producto de la utopía, ya que todavía no están dadas las ba-

ses materiales de su existencia.

El autor está en su derecho de soñarla y describirla, pero es sin embargo lamentable que no parte de una realidad concreta dentro de su análisis. Ninguna respuesta es dada acerca de la política del arte, así como tampoco se analiza la lucha política de clases y su expresión a través del arte. El papel del Estado capitalista dentro de esta lucha es pasado por alto. Y sobre todo, es una reflexión que carece de asideros históricos que hubiesen podido enriquecerla y convertirla en un instrumento de la lucha por alcanzar una mayor creatividad artística en el país en el cual el autor publica su "Socio-política del Arte".

PEDRO TRIGO

Aunque sea brevemente, vamos a referirnos al libro de Marta Sosa "Socio Política del arte" porque lo consideramos un aporte significativo. El libro tiene tres partes: El arte como socialidad, el arte como producción en el capitalismo y el nuevo arte como transformación de la sociedad. En la introducción analiza la posibilidad de un estudio sociopolítico del arte y acaba con un resumen bastante claro y completo.

En la primera parte trata de superar la concepción del arte en sí como una realidad mágica, autosuficiente, esotérica. Se trata de reintegrar el arte al hombre, su productor. Pero también resulta insuficiente una definición reflejista. Ya que el arte no es referencia, mera intencionalidad sino verdadera producción de realidad. El arte sería algo sustantivo, algo en sí. Pero ese en sí reposaría no en un mundo propio y clausurado sino en el en sí de la historia, en el único mundo real, global.

La parte segunda considera la producción artística en nuestra fase actual de capitalismo dependiente (en Venezuela). La sitúa en la superestructura. Sería, pues, una praxis social condicionada por el modo de producción. Pero dentro del aparato ideológico —y siendo por tanto una de las diversas sistematizaciones de la praxis dominante— gozaría de una autonomía

propia dentro de la autonomía propia de todas las producciones culturales. Y la causa de esta libertad estaría tanto en la especificidad del arte, cuyo ámbito es la conciencia posible y por lo tanto sería el producto ideológico menos deformado, como en la base social que lo produce que serían las capas medias, en cierto modo participantes de la burguesía pero a su vez oprimidas por ella y por lo tanto con un margen de creatividad. Y este margen se habría ampliado porque el capitalismo en su expansión habría acabado con el arte como una actividad no económica y lo habría transformado en una mercancía. Más condicionado por lo tanto, pero a su vez más integrado a la producción y por lo tanto con más capacidad de incidencia social.

En la parte tercera habla del arte posible como de un arte épico. No sola-

mente el arte que comunique la incomunicación humana, el arte que grite la deshumanización del capitalismo, sino el arte realista. Es decir el arte que trate del hombre histórico, el arte que sea capaz de traspasar el encubrimiento del sistema y recrear al hombre en sus relaciones más simples, aquellas en las que se da la vida y lucha por poseerla arrebatándola de los que le despojaron de ella. Realidad hacedora de historia y no sólo sucesos, devenir vacío, trivialidad, ni tampoco esoterismo elitista. El arte sería así fotografía viviente de la realidad y productora por lo tanto de vida.

El libro más que un texto —más que un producto artístico— sería selección, comentario, glosa, discusión y valoración de múltiples textos de teóricos de arte. No serían, pues, palabras que se despliegan sino ideas que se despliegan a través de palabras de muchos. Por eso da la impresión a veces de que el libro no está cuajado y son más bien materiales estructurados.

Creemos que dentro de su marco de referencias —la estética marxista— y dentro de su carácter no original sino de selección y análisis de referencias el libro avanza cuanto es posible. Y los aportes del marxismo en cuanto a dar cuenta de la existencia del hecho artístico y situarlo en el conjunto de los productos humanos nos parecen indiscutibles y por eso creemos excusada la mención.

Sí queremos apuntar algún límite de este método de análisis. El campo propio del materialismo histórico sería el de la economía política: la crítica del capitalismo y la proposición científica de su superación. Tiene sentido también el hacer ver cómo las relaciones sociales y toda la cultura están impregnados del "espíritu" del capitalismo, revisten su forma. En las relaciones sociales, la reducción de persona a individuo privado, de sociedad personal a masa, de relaciones humanas directas a consumo de mercancías fetichizadas. En diversas manifestaciones de la cultura —entre estas manifestaciones se encontraría el arte—, el encubrimiento de su carácter de producto del carácter humano del trabajo

social y la distorsión del mismo para ser empleado en contra del productor —plusvalía ideológica.

Todo esto es claro y tiene sentido. El peligro sería el que este tipo de análisis pretendiera dar cuenta de todo el fenómeno humano —en este caso el arte. Porque si bien este tipo de análisis abarca a toda la realidad, de ningún modo da cuenta de ella adecuadamente. Y si en algún campo es esto claro es en el del arte. Se puede hablar del arte como de una necesidad que el hombre satisface por su condición de productor y por lo tanto del arte como de un producto y en el caso del capitalismo una mercancía. Todo eso es cierto, pero con eso y todo lo que implica apenas se ha dicho nada del arte.

Y si se quiere ir más allá y se habla del arte como de un producto secundario porque no atañe directamente a la producción de la vida material y se lo coloca en la superestructura se dice por una parte algo obvio, que el que no come no puede crear arte ni recrearlo, pero por otra parte algo muy discutible como sería afirmar que las diversas manifestaciones humanas son función de la producción de su vida material y que por lo tanto por ellas y no por sí mismas habría que explicarlas. Porque en el fondo "sólo el trabajo establece relaciones" (21). Y esto nos parece que de ningún modo hace justicia al fenómeno humano. Porque el hombre come y trabaja puede crear. Pero come para crear y la creación supera el concepto de trabajo en cualquier hipótesis. ¿Qué tiene más sustancia, qué determina más la vida humana el *por* o el *para*?

En cualquier caso nos parece que habría que respetar la legalidad de cada tipo de análisis y de realidad. De algún modo habría que reinventar de nuevo la teoría de los trascendentales. Una y otra vez se refiere el autor a la definición de Marx sobre el arte en función de la belleza, cita también a Adorno hablando de "la idea de lo bello" y lo mismo podría haber citado a Platón —más allá de esa caricatura de su filosofía que pretende "materializar" el mundo de las ideas. Aristóteles no aclaró nada en este punto con su teoría de la abstracción. Y creo que hasta ahora po-

co más hemos aclarado nosotros. Y es que todavía sigue siendo más clara, más inmediata, más original para la humanidad la idea de belleza que cualquier explicación ulterior. Claro está que es una idea ambigua y habrá que cuidarse de no hipostasiarla pero no menos hay que cuidar de degradarla reduciéndola a un producto del *homo faber*.

Al considerar el arte como ideología se produciría también a nuestro entender una limitación en la concepción del arte posible. Nos parece poco dialéctica su consideración del arte épico o realista. A pesar de todas las precauciones del autor acaba convertido en una actividad útil, cívica, estimulante, educativa. A la larga, aburrida, alicorta, poco útil. Y esto no nos parece estar única ni principalmente ligado a las contradicciones del sistema capitalista con su hombre escindido. Dice el autor que en una época de tan neto predominio científico y técnico no tiene sentido que ninguna actividad quede fuera de su ámbito. Yo sí creo no sólo que tiene sentido sino que es vitalmente necesario. Si no, tanto en el capitalismo como en el socialismo se cae en la unidimensionalidad. Se necesitan otros polos de realidad, otra vez me parece imprescindible usar la palabrita: los trascendentales.

Es más, creo que hablando del arte —y no sólo de él— habría que reivindicar el sentido humanizante de la alienación, incluso del salir fuera de sí afirmando la individualidad patológicamente. Esto puede ser una mera anomalía improductiva, pero puede ser también el costo de una enorme aventura valiosísima para toda la especie. ¿Quién duda del carácter alienante del capitalismo? Y sin embargo sólo a través de él acertó la humanidad a dar este inmenso salto. Otro tanto pudiéramos decir de la moralidad y más aún de la religión. Claro está que hay el peligro de regresiones y se ha caído en él. Pero más grave sería el peligro de una moral puritana y de una religión dentro de los límites de la razón. El marxismo aún debe caminar mucho para despojarse de su monismo decimonónico.

AGRADECEMOS A LOS QUE COLABORAN

- pagando pronto su suscripción
- haciendo una suscripción de amigos (Bs. 100)
- regalando una suscripción a algún amigo
- informándonos de personas que ustedes crean que pueden estar interesadas en conocer nuestra revista y suscribirse a ella.

